

TEMAS

Publicación quincenal de espiritualidad y difusión de la doctrina pontificia

AÑO 1 - N.º 15

MARZO 18 DE 1973

LA PALABRA DEL PAPA

LA SITUACION RELIGIOSA EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

CARTA DE LA NUNCIATURA

BENDICION APOSTOLICA DE S. S. PABLO VI A "TEMAS"

EVANGELIO

"SI DIOS ESTA CON NOSOTROS, ¿QUIEN CONTRA NOSOTROS?" NOSOTROS PREDICAMOS A CRISTO CRUCIFICADO

LITURGIA

CAMINAR EN PRESENCIA DEL SEÑOR EN EL PAIS DE LA VIDA. SEÑOR, TU TIENES PALABRAS DE VIDA ETERNA.

DOCUMENTOS

REFLEXIONES SOBRE LIBERACION Y SOCIALISMO POR EL SR. OBISPO DE AVELLANEDA, ARGENTINA MONS. ANTONIO QUARRACINO.

TEMAS

Publicación bi-mensual de
espiritualidad y difusión de
la doctrina pontificia.

MONTEVIDEO, 18 DE MARZO DE 1973

AÑO - 1 N° 15

Directores: Carlos A. Casares Siena y Eduardo Navia Siena

Publicación editada por IMPRESORA REX S. A. Calle Gaboto 1525,
Teléfonos: 4 88 62 - 49 00 48

Matrícula N° 1957 (Ministerio de Industria y Comercio - Dirección de Industrias)
Depósito legal N° 30439/73

“Precio de venta al público sujeto a modificación de acuerdo a la Ley N° 13.720
de 16 de diciembre de 1968” (COPRIN), \$ 150.— el ejemplar.

CARTA DE LA NUNCIATURA

BENDICION APOSTOLICA DE S.S. PABLO VI

Al cerrar el año 1972, enviamos al Santo Padre, por intermedio de la Nunciatura, una colección de la totalidad de los ejemplares aparecidos hasta el momento de TEMAS, acompañada de una carta de adhesión a la Cátedra de Pedro.

Hemos recibido del Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, Monseñor Agustín J. Sępinski, la expresiva nota (Nº 5502), cuyo texto nos complacemos en transcribir a continuación:

NUNCIATURA APOSTOLICA

Montevideo, 5 de febrero de 1973.

De mi mayor consideración:

Como respuesta a la carta de adhesión y a los números de la Revista "TEMAS" que han querido enviar al Santo Padre, el Excmo. Sustituto de la Secretaría de Estado, Mons. J. Benelli, me ruega comunicarles cuanto sigue:

"Ruego a Usted tenga la bondad de hacer llegar a dichos señores una palabra de agradecimiento de parte de Su Santidad, quien corresponde a su delicado rasgo otorgándoles de corazón la implorada Bendición Apostólica".

Al cumplir este honroso cometido, les reitero el sincero augurio de que continúen sirviendo a todos llevando siempre el Mensaje genuino de Magisterio Pontificio; mientras tanto, les reitero también, las seguridades de mi más alta consideración y estima

AGUSTIN J. SÉPINSKI
Nuncio Apostólico

A los distinguidos señores

D. Carlos A. Casares Sienna y

D. Eduardo Navia Sienna

Directores de la Revista "TEMAS"

Montevideo.

NECESITAMOS DE USTED

“TEMAS”, ya lo hemos dicho, es una publicación encarada por un grupo de cristianos movidos tan sólo por un fraterno deseo de servicio y animados por el único propósito de difundir elementos de espiritualidad y de doctrina católica.

La revista no tiene subsidios ni publicidad; sus ingresos provienen solamente de la venta. Para hacerla accesible a todos, y pese a los altos costos de edición, se le fijó un precio de \$ 150 el ejemplar, lo que equivale —para el lector— a un desembolso de \$ 300 por mes.

Claro está que no se persiguen fines de lucro, pero para que la publicación se mantenga y perdure, es imprescindible que en breve plazo se financie a sí misma.

Si a Ud. le parece que vale la pena sostener esta obra, su cooperación es vitalmente necesaria.

¿Cómo puede colaborar?

- Suscribiéndose usted y buscando suscriptores entre sus familiares y amigos.
- Divulgando la revista y ayudando a distribuirla.
- Buscando más personas que ayuden a esta tarea.
- Haciéndonos llegar sus sugerencias al respecto sobre el contenido de la publicación y las posibilidades de mejorarla.
- Acompañando con sus oraciones el esfuerzo que realizamos, para que el contenido sea cada vez más provechoso y ello ayude a su difusión.

Si de algún modo Ud. desea colaborar, por favor concétese con quien le ha hecho llegar este ejemplar o, si prefiere diríjase a nuestra redacción: Impresora Rex S. A. Gaboto 1525.

— Teléfonos: 4 88 62 y 49 00 48 —

LA PALABRA DEL PAPA (I)

LA SITUACION RELIGIOSA EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

CATEQUESIS DEL PAPA EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL MIÉRCOLES, 9 DE FEBRERO

¿No os parece también a vosotros, queridos visitantes, que, llegando a esta bendita sede donde se honra la tumba del apóstol Pedro y donde se asienta por ello el quicio de la Iglesia católica y estando aquí una hora junto a quien tan indigna pero legítimamente es sucesor de aquel bienaventurado apóstol, no os parece —decíamos— que el panorama del mundo, del mundo humano, se abre ante los ojos del alma?

EL CUADRO DEL MUNDO VISTO DESDE LA SEDE DE PEDRO

¿No os parece que la escena amplísima, fascinante e inquieta de nuestra sociedad, de su histo-

ria en constante cambio, de su drama continuo, se presenta bajo un aspecto particular, el de su relación con este punto focal de la religión católica? ¿Cuántos, cuántos rostros humanos, desde todos los puntos del globo vemos vueltos hacia esta dirección, cuántos ojos fijos en este faro de la fe? ¿Qué experiencia singular ofrece al espíritu el descubrimiento de esta convergencia en la fe, en la esperanza, en la caridad, es decir, en la esencia de nuestra religión que nos hace gustar la onda coral de nuestros hermanos en comunión de plegaria y de vida con nosotros? ¿Cómo sentimos el prodigio, que tiene realmente sabor de misterio, de la unidad que coincide con la universalidad! ¿No os parece quizás que la visión asume el aspecto de una aureola ilimitada, en la que Cristo es el único centro de luz y de vida, circundado por la humanidad que toma forma y esplendor al reflejo de la luz divina? Contemplad, gustad, recordad, si el Espíritu Santo os concede esta gracia, esta impresión grata y polar: esto es un cuadro del mundo, enfocado por el objetivo del corazón.

Pero para el que observa bien, el espectáculo, por estupendo que sea, no se le presenta perfecto, no es total. Aún más, ofrece vacíos inmensos, zonas opacas ocupan la mayor parte del globo, no sólo

geográfico, sino antropológico: humano, es decir, espiritual y social; y no sólo en regiones lejanas, sino en pueblos cercanos, e incluso en aquellos lugares donde se desenvuelve nuestra misma vida. La fe católica no cubre toda la faz de la tierra, sino sólo, según las tablas estadísticas, algunas zonas luminosas, pero incompletas; se ve cuánto terreno, disponible a la acción misionera, espera aún el anuncio del Evangelio. Y además resaltan vastos territorios, geográficos y sociológicos, donde el ingreso al Evangelio aparece impedido. Entonces, parece como si de muchas partes se elevara de nuevo la voz oída en sueños por el apóstol Pablo, el misionero por excelencia: "¡Ven a ayudarnos!" (cfr. Act. 16, 9); y parece que con misteriosa y desolada amargura Pablo mismo nos recuerda los abismos que existen en el espacio de la salvación: "¡No de todos es la fe" (2Tes 3,2).

Más aún, y este es el aspecto que nos atrevemos a presentaros, incluso en este momento de unión y de gozo: ¡qué desinterés por la fe católica, por la religión en general, por la práctica de la vida cristiana se difunde un poco por todas partes y va ganando la mentalidad moderna! ¡Qué dificultad encuentra la verdad del Evangelio, qué oposición la enseñanza de la Iglesia, Madre y Maestra!

EL FENOMENO DEL INDIFERENTISMO RELIGIOSO

Para comprender y mucho más para afrontar este fenómeno colosal y complicado, se exige, como es fácil entender, un cuidadoso análisis que ahora ciertamente no queremos desarrollar. Sólo pretendemos atraer vuestra atención sobre ello, como signo de vuestra participación a nuestra ardua e incansable solicitud apostólica. ¿Por qué hay hoy tanta despreocupación religiosa? ¿Por qué tanta insensibilidad espiritual? ¿Por qué tanta aversión a la observancia de la vida eclesial? ¿Qué medios, qué sabiduría, qué amor emplear para difundir y presentar de modo aceptable y grato el nombre de Cristo? Este es el problema planteado en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*.

Sabia cosa sería, creemos, y digna de nuestra perspicacia y de nuestra fidelidad tener presente esta pregunta interior: ¿cuáles son las razones de la indiferencia y de la hostilidad religiosa? Cada uno puede aportar a esta diagnosis no una, sino muchas respuestas. Nosotros mismos que nos planteamos continuamente esta reflexión, y que también en estas audiencias del miércoles hemos intentado daros alguna explicación fragmentaria de la cosa, nos damos cuenta de la necesidad de

otra investigación, bien diversa de la que procede espontáneamente de una observación inmediata y fugaz. Existen, por fortuna, muchos libros a este propósito.

Y entonces, ¿por qué volvemos a hablar de ello? Hablamos, en primer lugar, para estimular la vigilancia en cada uno de nosotros. Se trata de un aluvión de irreligiosidad que nos amenaza a todos. Diremos con Jesucristo: "Velad y orad para no caer en la tentación" (Mt 26, 41). La vida religiosa no puede desarrollarse ya como antes, sobre los tranquilos rieles de las formas consuetudinarias; no puede sentirse ya segura de la protección del ambiente social o de la ley civil; ya no puede mantenerse con algunos aforismos de sentido común; debe mantenerse y consolidarse por medio de la convicción y de la instrucción (al menos por medio de la catequesis, tan considerada en la cristiandad primitiva), por medio de la conciencia, por medio de la coherencia y también por medio de la valentía y del sacrificio. Hoy, para ser cristiano, hay que querer serlo. La gracia, es decir, la posibilidad de serlo con facilidad y con alegría no nos falta; pero es necesario entrar en la pedagogía y en la economía de la gracia, para llegar a un resultado positivo.

Hablamos también, en segundo lugar, porque nos parece que una objeción general a la vida religiosa, a la nuestra, católica, especialmente, es hoy la de utilidad: La religión, ¿para qué sirve? ¿Para qué nos sirve creer, orar, ir a la Iglesia, etc.? ¿No es supérfluo? ¿No es mítico? ¿No es anticuado? ¿No es aburrido? ¿No es pesado? En el fondo, la mentalidad moderna está persuadida de la inutilidad de la fe; la cultura moderna parece suplir magníficamente a la integración espiritual que antes se alcanzaba por la fe. La educación moderna es antropocéntrica, mientras la religión es teocéntrica: es una alienación. Esta mentalidad fundada en el interés subjetivo y personal, está tan difundida y es tan dueña del hombre moderno, que es lícito preguntar si la fe no puede usufructuar de esta actitud egocéntrica para hacerse acoger por el espíritu humano, no ocupado de nada más que de sí mismo. Es decir, ¿puede ser presentada la fe al hombre como algo que le interesa personalmente?

Entrevemos la ambigüedad de la respuesta en la definición equívoca de lo que es nuestro interés. ¿Qué engaño sería la fe y qué deformación sufriría, si la religión se hiciese aceptar "por interés" temporal, económico, terreno, por una ganancia puramente egoísta!

Y, ¿no sería quizás conforme a la psicología contemporánea y a la pedagogía de todos los tiempos presentar la fe bajo el aspecto de la utilidad superior para introducirla en el corazón de los hombres? (¿No tituló S. Agustín su primer libro después de la ordenación de sacerdote "*De utilitate credenti*"? PL 42). Y, ¿no es mediante el juego como se atrae y educa al niño? Digamos más: ¿no es bajo esta perspectiva personal, subjetiva, sumamente utilitaria como el Señor mismo ha presentado su reino, cuando dijo: "¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?" (Mt 16, 26). Y, ¿no es hoy la salvación, la expresión sintética de la religión? ¿Gravita la teología actual en la órbita del interés, del supremo interés humano: la salvación del hombre, la salvación del mundo?

LA NECESIDAD Y LA FELICIDAD DE SER CRISTIANOS

Y ahora surge una duda cuya solución nos lo enseña todo: ¿es lícito, es justo ver la religión bajo el ángulo visual de la utilidad hu-

mana? Respuesta: sí, hermanos, gracias a esta grande, central y feliz revelación: Dios es la felicidad; Dios es nuestra felicidad. Dios nos ama. Dios se ha interesado por nosotros, hasta hacerse en Cristo nuestro hermano, más aún, nuestro salvador; "tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo" (Jn 3, 16). Nos colocamos en la esfera del amor si entramos en la esfera de la fe. Se ha hablado mucho de amor predicando la devoción cristiana. Pero quizás no siempre hemos advertido nosotros mismos y no hemos hecho advertir a los demás qué encantador descubrimiento es el amor de Dios hacia nosotros, y de qué modo penetra y urge en las puertas de nuestros deseos y de nuestros dolores para hacernos sentir de nuevo la necesidad y la felicidad de ser cristianos, es decir, hombres auténticos, hombres salvados (cfr. Os 11, 1 y ss.; Jer 31, 3; Mt 11, 28).

Como podéis comprender no termina aquí esta conversación. Aquí empieza, pero no para este momento, sino para toda la vida.

Con nuestra bendición apostólica.

EVANGELIO (Domingo 18 de marzo, 2º de Cuaresma).

Primera lectura - Génesis 22, 1-2, 9^o-15, 18.

Segunda lectura - Romanos 8, 31b-34.

Tercera lectura - Marcos, 9, 1-9.

ESTE ES MI HIJO MUY AMADO

En aquel tiempo Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: —Maestro. ¡Qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas una para tí, otra para Moisés y otra para Elías. Estaban asustados y no sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: —Este es mi Hijo amado; escuchadlo. De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: —No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos. Esto se les quedó grabado y discutían que querría decir aquello de resucitar entre los muertos.

San Marcos (9,1-9)

“SI DIOS ESTA CON NOSOTROS, ¿QUIEN CONTRA NOSOTROS?”

Rom. 8, 31b.

Tentaciones de todo tipo nos circundan: ambición, sensualidad, pereza, incomprensión, envidia, odio, avaricia, intemperancia, cansancio, desaliento... Y tantas otras que cada uno conoce. Y no sólo las individuales. Hay tentaciones muy típicas de este tiempo dentro de la Iglesia y en medio de la sociedad civil.

En esta experiencia de incertidumbre, de vulnerabilidad, de indefensión o de inseguridad, el ser humano necesita un anclaje seguro. Edificado de fragilidad, necesita fortaleza. Algunos acuden a sus ídolos usuales o se los crean para poder acudir a ellos. El creyente, gracias a su fe, posee ya la clave de su seguridad frente a toda tentación.

El sacrificio de Isaac (primera lectura) es un ejemplo claro de protección de Dios luego de haber permitido la tentación del hombre. Dios no sólo salva la vida de Isaac, amenazada por el cuchillo sacrificador de Abraham (Gen. 22,10) sino que al mismo Abraham, a Isaac y a toda su descendencia promete colmarlos “largamente” de sus bendiciones (Gen. 22,17).

El creyente debe transfigurarse como Cristo (tercera lectura) “de claridad en claridad”, según la expresión paulina. Y esta transfiguración, que es la tarea de toda la vida cristiana y muy singularmente la tarea del tiempo cuaresmal que estamos viviendo, no se realiza, paradójicamente, en la cima del Tabor, sino en la vida llana de cada día. A Pedro, que exclama: “Rabbi, qué bueno es estarnos aquí!” (Marc. 9,5) San Agustín le contesta acertadamente: “No, Pedro! Tienes que bajar. Tienes que andar otra vez por el valle; tienes que aprender en la vida; exponerte a la adversidad; también tú tienes que dejarte crucificar”. Y en el valle, en la vida de cada día, esperan las tentaciones.

Entonces Dios responde en nosotros por nosotros, si confiamos en El. “El que no perdonó a su propio Hijo, antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con El todas las cosas?” (Rom, 8,32, segunda lectura). En cierto sentido, Dios nos valora más que a su Hijo, porque “por todos nosotros” lo entrega a la muerte. Y si nos dio a su Hijo, cómo no nos va a dar “todas las cosas” que necesitamos, infinitamente menos valiosas que Jesucristo? Quien es capaz de dar lo más, ciertamente será capaz de dar también lo menos.

Esa es la magnífica certeza que Dios presenta, este domingo y siempre.

NO TE RETIRES

A Ignacio Paderewski, el gran pianista polaco, le preguntaron por qué gastaba tantas horas ante el teclado después de que hubiera llegado a ser famoso.

Su respuesta viene exactamente a punto:

“Si no practico un día, yo lo advierto.

“Si no practico en dos días, mis colegas caen en la cuenta.

“Y si no practico durante tres días, todo el mundo se entera”.

Las personas que quieren realidades perennes y desean aportar belleza, verdad y amor a los demás, deben “insistir” con el fin de que su quehacer no comience a deteriorarse:

“Así que, no debemos consarnos de hacer el bien; porque si no nos desanimamos, a su debido tiempo cosecharemos” (Gal. 6, 9).

EVANGELIO (Domingo 25 de marzo, 3º de Cuaresma).

Primera lectura - Exodo 20, 1-17.

Segunda lectura - 1 Corintios 1, 22-25.

Tercera lectura - Juan 2, 13-25 (Puede ser Juan 4, 5-42).

DESTRUID ESTE TEMPLO Y EN TRES DIAS LO LEVANTARE

En aquel tiempo se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: —Quitad esto de aquí: no convertáis en un mercado la casa de mi Padre. Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: “el celo de tu casa me devora”. Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: —¿Qué signos nos muestras para obrar así? Jesús contestó: —Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Los judíos replicaron: —Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, y tú lo vas a levantar en tres días? Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de lo que había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la Palabra que había dicho Jesús.

Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

S. Juan (2,13-25.)

“NOSOTROS PREDICAMOS A CRISTO CRUCIFICADO”

1 Cor. 2, 23.

En el contexto de la Cuaresma, las tres lecturas bíblicas de este domingo vienen a recordarnos las exigencias perennes de nuestra condición de cristianos. Para seguir a Cristo y creer en El es menester aprehenderlo y vivirlo a Cristo tal como El es.

En todos los tiempos ha habido quienes, a veces bien intencionados, han deformado la verdadera imagen de Cristo, en su afán de hacerlo accesible a sus oyentes. Pablo, maestro de pedagogía de la fe, que en su primera predicación en el Areópago de Atenas (Hechos 17, 16-34) o en sus conversaciones con los

filósofos epicúreos o estoicos (Hechos 17, 18) sin duda supo adaptar su lenguaje al nivel cultural de su auditorio o sus interlocutores, jamás disminuyó las exigencias del Evangelio para hacerlo más simpático a sus oyentes. Lo comprobamos claramente en la segunda lectura de este domingo: él sabía que en cierto modo decepcionaba las esperanzas de su auditorio, judíos o paganos, pero jamás “maquilló” su Evangelio o deformó a Cristo para hacerlo más aceptable.

La tentación en esa adaptación no es nueva. La forma actual es pretender disfrazar a Cristo de sociólogo o de político para que —según creen— sea mejor recibido. O lo predicán en terminología (y a veces casi con espíritu marxista), como si con ello le hicieran un favor a Jesucristo.

Y hoy precisamente la gente se está cansando de sofisticaciones. Como siempre, más que siempre, tiene hambre de verdad, de autenticidad. Y no hay más remedio que predicar a Cristo, y a Cristo crucificado (segunda lectura) “escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos” (1 Cor. 1,23-24). Las exigencias del Decálogo (primera lectura) que muchos pretenden rebajar al gusto o al sentimiento de sus oyentes siguen siendo las mismas hoy como ayer. Suavizar la Palabra de Cristo al nivel del paladar de los oyentes puede ser exponer la sal a que se torne insípida. Es traficar con la Palabra de Dios. Y el Señor, hoy como entonces, quiere que los mercaderes sean expulsados del templo (tercera lectura).

Por otra parte, este episodio de la vida de Jesús que Juan (2, 13-18) nos narra en su evangelio es una oportunidad más para que cada uno revise su conducta interior y exterior en “la casa del Padre”, para ver si en ella se comporta con toda la reverencia que el lugar supone. Puede existir un “comercio interior” de pensamientos, afectos, distracciones, que tampoco condigan con la santidad que la Casa de Dios nos exige.

PERSEVERA AUN CUANDO OTROS ABANDONEN

Según un experto, una de las razones por las que algunos vendedores no triunfan, es por abandonar demasiado pronto su oficio.

Citaba en confirmación una encuesta según la cual el 48 % de los vendedores se retiran tras el primer intento; el 23 % tras el segundo; y el 13 % después del tercero. Los pocos que continuaron insistiendo, lograron el 80 % de las ventas.

La prueba de nuestra fe en un producto, en una idea, o en una persona, radica en nuestra voluntad de seguir siendo leal aun cuando otros se retiren.

El Señor bendecirá tus esfuerzos perseverantes si lo que pretendes es servir a tus hermanos y no en avasallarlos.

LITURGIA Y EJERCICIOS PIADOSOS

De la Constitución de Sagrada
Liturgia del Concilio Vaticano II

Art. 13 — “Se recomiendan encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, en particular si se hacen por mandato de la Sede Apostólica.

Gozan también de una dignidad especial las prácticas religiosas de las iglesias particulares que se celebran por mandato de los obispos, a tenor de las costumbres o de los libros legítimamente aprobados.

Ahora bien, es preciso que estos mismos ejercicios se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos”.

Desde el Código de Derecho Canónico (can. 1259) hasta la actual constitución conciliar, pasando por la *Mediator Dei* (n. 180), la instrucción *De música sacra et sacra liturgia* (n. 1), todo lo que se ha dicho en torno a los “*pia exercitia*” ha estado determinado por un deseo sincero de conservar todo lo que puede haber de bueno en las tradiciones religiosas populares y, al mismo tiempo, por un afán de dotar a esas tradiciones de un espíritu litúrgico lo más amplio posible.

La expresión latina “*pia exercitia*” resulta difícil traducirla en lengua española con un término adecuado que exprese bien su contenido. “Ejercicios piadosos”, “ejercicios de piedad”, “piadosos ejercicios del pueblo cristiano”, “sagrados ejercicios”, “acción sagrada”, diversas nomenclaturas que en sustancia significan lo mismo, pero no siempre queda clara. Técnicamente se sabe lo que se quiere decir, refiriéndose a las acciones que no son estrictamente litúrgicas.

Prescindiendo de la nomenclatura y ateniéndonos a su significación, “*pia exercitia*” son todas las reuniones de plegaria, celebraciones, actos religiosos comunitarios que no reúnen el conjunto de condiciones exigidas para constituir una acción litúrgica. Dos grupos de “*pia exercitia*” menciona la constitución. Primero, “los ejercicios piadosos del pueblo”: aquí van englobadas todas las prácticas piadosas que suelen ser comunes al pueblo cristiano en general: vía crucis, rosario, novenas, triduos, horas santas, mes de María, mes del Sagrado Corazón, domingos de san José, celebraciones de la Palabra y mil formas más de expresión religiosa.

popular. Bastará con que todas estas prácticas “sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, en particular si se hacen por mandato de la Sede Apostólica”.

En segundo lugar están “las prácticas religiosas de las iglesias particulares, que se celebran por mandato de los obispos, a tenor de las costumbres o de los libros legítimamente aprobados”. Entre estos ejercicios, que “gozan también de una dignidad especial”, pueden citarse, por ejemplo, todas las prácticas devocionales en torno a la Semana Santa en España y las diversas prácticas populares propias de algunos países, regiones y pueblos, en las que, con una indiscutible carga folklórica, característica de la comunidad que las ha creado, hay unos elementos religiosos que perviven y que no carecen de valor.

El campo de manifestación de los “pia exercitia” es, como se ve, extraordinariamente vasto. Excesivo casi. Tanto, que surge inmediatamente una dificultad de principio para el pastor que quiere que su pueblo tenga una piedad auténticamente litúrgica y, a la vez, que no carezca de los elementos populares en que se halla inmerso. Problema de agilidad ciertamente, pero problema, y grave, de acierto en la elección, a la hora de eliminar lo menos válido y de quedarse, tras una revisión y jerarquización, con lo que realmente vale la pena. Porque de que todo sea posible y aun bueno no se deduce necesariamente que todo tenga que utilizarse. Y, además, hay unas condiciones fundamentales que cumplir, como veremos enseguida.

Ciertamente, la Iglesia ha reconocido, y reconoce ahora, la bondad de los “pia exercitia”. La constitución, por su parte, mantiene y alaba también los ejercicios piadosos del pueblo, aun cuando los oriente más fuertemente hacia la liturgia.

La insistencia en que se mueve la legislación de la Santa Sede en este terreno concreto pide, sin duda ninguna, una reflexión seria: en nombre de la liturgia y de sus postulados, por muy graves que sean éstos, no se puede reaccionar contra todo lo que es popular o meramente devocional. Y una llamada al tacto pastoral parece oportuna en este lugar.

La recomendación laudatoria de los ejercicios piadosos, con el consiguiente respeto a las tradiciones populares, no exime, sin embargo, al sacerdote de una situación de hecho embarazosa. Por eso, sería tener una visión inexacta del contenido de este artículo de la constitución si prescindiéramos de su último párrafo, que viene a completar lo que se dice anteriormente, y que lo consideramos trascendental para entender debidamente el uso que se ha de hacer de los ejercicios piadosos. Estos deben responder a ciertas exigencias elementales.

Ante todo, no pueden ser absolutamente independientes de la liturgia ni contrarios a ella. Para ello, “será necesario que estos ejercicios se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia”. De aquí que todas estas prácticas que contradicen a la liturgia, o la sustituyen, o la desvían de la atención de los fieles, deban desecharse.

Esta primera condición, tan claramente expresada, exigirá un indudable y constante esfuerzo pastoral para ir suprimiendo, con tacto pero con vigor, todos los ejercicios piadosos que no pueden insertarse de ninguna manera en los tiempos

litúrgicos fuertes, que celebran los misterios de la redención, muy especialmente del misterio pascual (n. 107). Si no se suprimen por completo, sí, que habrá que suprimir sin temor la solemnidad externa y el aparato que los rodea. Desde este punto de vista es difícilmente concebible que se dé solemnidad y pompa externa a los domingos de san José, celebrados en plena Cuaresma, cuando lo que entonces se pide es que todos los esfuerzos vayan orientados únicamente a preparar al pueblo cristiano para celebrar el misterio pascual.

Habrà, en cambio, a lo largo del año, otros ejercicios sagrados en que será más fácil encontrar los caminos de la armonía con la liturgia; por ejemplo, no resultará complicado, ni mucho menos, celebrar solemnemente el mes de María en el espíritu de la prolongación del tiempo pascual.

Pero hay una segunda condición no menos importante: los ejercicios piadosos deben "derivar de la liturgia y conducir a ella, yà que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos". Según esto, a nadie se le escapa que las devociones sagradas del pueblo están pidiendo a gritos una seria y hondísima revisión, puesto que la mayoría se hallan desprovistas de la más mínima base litúrgica. Lo ideal sería que, poco a poco, tras la conveniente iniciación bíblica, todo fuera desembocando, guardando ciertos elementos tradicionales, en celebraciones de la Palabra, que son los "pia exercitia" que más se aproximan a la liturgia.

Pero no todas las parroquias ni todos los ambientes están preparados para lograr inmediatamente unas celebraciones dignas. Por ello, se hará preciso que el sacerdote pase revista, una a una, a todas las prácticas piadosas normales de su comunidad. Algunas serán fácilmente susceptibles de revisión y se las puede hacer concordar con la liturgia sin un gran trabajo. Por ejemplo, el rosario: la meditación de los misterios puede inspirarse muy fácilmente de la piedad litúrgica y bíblica. Enriquecer el vía crucis con lecturas bíblicas que permitan meditar la pasión del Señor con la misma Palabra de Dios es también sumamente sencillo. Igualmente, unas lecturas de la Biblia pueden acompañar una exposición del Santísimo Sacramento.

Otras, en cambio, sobre todo novenas y triduos, tendrán que ir sufriendo una transformación más rotunda, a la vez que más lenta, pero segura, procurando que desaparezcan de ellas formularios trasnochados y carentes de estilo, para dar lugar a elementos bíblicos y litúrgicos. Para los cantos, los salmos pueden ser una magnífica ayuda, y para las plegarias, tanto la Biblia como las liturgias romana y orientales pueden proporcionar no pocos modelos, ricos de contenido, a la vez que sobrios en el estilo, tan distintos de las composiciones del siglo XIX. Sólo así valdrá la pena conservar estas devociones con la esperanza de que no mueran por sí mismas.

Es evidente que para esta tarea hará falta una cierta severidad y una paciencia constante. Pero el trabajo se impone necesariamente. La constitución, aun admitiendo la bondad de tales prácticas piadosas, se muestra rigurosa con ellas y exige unas condiciones fundamentales previas que hay que cumplir. Al fin y al cabo, "la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de los ejercicios piadosos".

“Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida”

Ira. lectura: Génesis 22, 1-2

Salmo responsorial: 115, 10.15, 16-17, 18-19

La liturgia de la Palabra nos coloca hoy ante una nueva etapa importante en el camino que conduce al acercamiento entre Dios y la humanidad.

Dios ha hecho ya una alianza con los hombres y con el cosmos en la persona de Noé y de sus descendientes: ellos son los representantes de toda la humanidad y de la creación entera salvada y pacificada —con ocasión del diluvio— a través de las aguas.

Luego transcurren siglos. Sin embargo Dios no olvida su plan de amor: entregar a su Hijo único para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna (Juan 3,16). En un momento dado de la historia comienza a formar el pueblo del que nacerá Cristo. Elige para eso a un hombre: Abraham. Hay un

llamado (cfr. Gen. 12.1-8) luego una alianza (Gen. 15, 7-21). Hay también promesas: de inmediato riquezas en ganado y en siervos; para más adelante un territorio y, sobre todo, una descendencia numerosa y en su posteridad “serán bendecidas todas las naciones de la tierra”. Pero esta bendición le es otorgada después de una prueba dolorosa en extremo, pero más aún reveladora de la real calidad de la fe de Abraham: aceptar la orden de Dios de inmolar a Isaac, el hijo único, siendo Abraham ya anciano. Por eso la bendición se concluye precisando: “en pago de haber obedecido tú mi voz” (Gen. 22, 18).

En el oscuro ropaje de los signos, Dios nos revela ya lo que será la pascua cristiana, la verdadera liberación: un misterio de vida nueva surgiendo de la muerte.

Muerte y vida: dos realidades antagónicas pero que en Cristo se han relacionado hasta el punto

de constituir un binomio indestructible.

La muerte era la más dura de las servidumbres a la que estábamos sometidos los descendientes de Adán. Pero Dios que es la *Vida* no miraba con indiferencia nuestra situación:

“Mucho le cuesta al Señor
“la muerte de sus fieles”

(Sal. 115, 15)

cantamos en la primera estrofa del salmo responsorial, y en la segunda añadimos:

“Señor, yo soy tu siervo

“rompiste mis cadenas

(ver. 16)

Sí, los profetas de Israel contemplaron en la esperanza lo que nosotros vivimos en la fe: a Cristo que ha venido a liberarnos de las cadenas de la muerte para que tengamos vida y la tengamos en abundancia (Cfr. Juan 9, 56 y 10,10).

Por eso el salmista canta su gratitud que debe ser también la nuestra:

“Te ofreceré un sacrificio de alabanza” (vers. 17)

Esta esperanza y gratitud nos la propone el estribillo. Entre estrofa y estrofa cantamos:

“Caminaré en presencia del
Señor en el país de la vida.”

(vers. 9).

Caminaré: sí, lo vimos el domingo pasado: la vida cristiana no es una realidad estática; es un

caminar continuo, por senderos a veces difíciles de discernir; pero estos llevan al país de la vida. Mejor aún: corren ya por el país de la vida.

¿Cómo es este país de la vida? ¿Un lugar donde vamos envejeciendo cada vez más? No: el envejecimiento es una disminución lenta pero constante de la vida. Y ese caminar en presencia del Señor, en el país de la vida supone una juventud cada vez más joven, es decir más pléutica de la *vida* que *Jesús*, el Señor, ha venido a traernos *en abundancia*.

Este camino pasa sí, por el Calvario, pero no se detiene allí: sigue hasta el huerto donde Cristo resucita en la madrugada del domingo de Pascua, apareciéndose luego a los discípulos para confirmarlos en la fe; y prosigue siempre con Cristo —Camino y Vida— rasgando un velo que nos oculta lo luminoso de nuestra realidad más profunda, hasta Dios Padre.

Recojámonos en el Espíritu para sondear mejor la inmensidad de este don. Lo que así se nos dé contemplar, hará que canten nuestros labios, nuestro corazón y todas nuestras acciones:

“Caminaré en presencia del
Señor

“en el país de la vida”.

LITURGIA (II)

3er. Domingo de Cuaresma. —
Ciclo B

Señor, tu tienes palabras de vida eterna

(Juan 6, 68)

Ira. Lectura: Exodo 20, 1-7

Salmo responsorial: 18,811

Como los monasterios en 'a Edad Media, señalaban el ritmo de marchas y descansos a los cristianos que peregrinaban hacia Roma o Compostela; como los pozos de agua en el desierto, marcan etapas a los nómades que atraviesan sus dunas, así las Alianzas jalonan la historia de Dios con los hombres.

Abraham ha sido elegido como piedra fundamental de ese edificio que será el pueblo de Dios, organizado en vista del Salvador y de la vida que El traerá a todos los pueblos de la tierra.

El puñado de descendientes de Abraham, acogido favorablemente en Egipto a causa de José, se ha hecho numeroso. Los Faraones, alarmados, los someten a

una dura servidumbre. Bajo el peso de la opresión los hebreos claman a Dios y El suscita en Moisés un jefe capaz de dirigirlos en la ardua empresa de liberación, signo y promesa de liberaciones más plenas aún y más duraderas.

Este pueblo al que Dios ha elegido, es salvado de la opresión del Faraón a través de las aguas del Mar Rojo después de la celebración de la primera pascua que ha sido a la vez sacrificio y banquete de comunión. Por orden expresa de Dios será también en adelante memorial de la liberación.

Atrás ha quedado Egipto, con sus riquezas y sus leyes que eran para unos garantía de libertad y para otros estatutos de esclavitud.

Más allá está la tierra prometida por Dios a Abraham, después de la alianza concertada con él, como patria para sus descendientes. Esto significa que está ahora en el desierto esa multitud que tiene en común la sangre, un Dios que eligió a sus antepasados y un jefe que es a la vez mediador entre ellos y Dios.

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, como el mismo ha querido llamarse (cfr. Exodo 3,6) ha creado al hombre dotado de libertad y cuenta con esa

libertad cuando se propone organizar al pueblo en el que nacerá su Hijo. Recurre para ello a un tratado bilateral, a una alianza. Los que han sido liberados deben decir si quieren o no internarse en este pueblo teocrático y asumir los compromisos que tal realidad supone.

Sería de desear que a esta altura de la cuaresma, nos pudiésemos procurar unos momentos para leer con detención el segundo libro de la Biblia, llamado *Exodo*. Pero si no nos es posible leerlo todo, leamos por lo menos el capítulo 19. Se trata de un punto culminante en la historia de la salvación: el pueblo entero ratifica la Alianza que Dios les propone; ésta debe durar hasta que llegue el tiempo de la nueva y definitiva: la que Dios concluirá con el nuevo Israel, la Iglesia, y de la que Cristo será el Mediador.

Como toda alianza, la del Sinaí comporta ciertas cláusulas. Dios las formula, las hace conocer al pueblo por medio de Moisés y el pueblo las acepta (cfr. Exodo 24, 7-9). Contenidas en el capítulo 20 del Exodo, constituyen la 1ra. lectura de este 3er. domingo de cuaresma.

Se trata del código que conocemos con el nombre de Decálogo, y es la ley fundamental

del pueblo de Dios. Señalaremos en sus primeras líneas tres dimensiones que cada uno podrá analizar todo a lo largo del texto.

Está formulado para el pueblo pero no es masificante. Comienza diciendo: *Yo soy el Señor tu Dios*. Lo que sigue se da entre ese *Yo* y ese *tú* en el clima de la más profunda y delicada relación personal, la que sólo el amor puede crear y mantener.

Dice en seguida: *que te saqué de Egipto*; el Dios que se forma un pueblo y hace alianza con él, no es un gran ausente, que ignora o se despreocupa de la historia de la humanidad y del destino de cada uno de nosotros; es por el contrario el Dios que dirige la historia, mi propia historia.

Y continúa: *liberándote de la esclavitud*. Israel es un pueblo de hombres libres. Los mandamientos de la alianza son la Carta Magna y el código de esa libertad. Esto supone derechos y deberes ante Dios y ante los conciudadanos. Cristo nos explicará las perspectivas verdaderas de esta doble relación al decirnos que el decálogo se resume en un único mandamiento: *amarás*, aunque los destinatarios de nuestro amor sean, por una parte, Dios, y por otra, los hombres. Y a propósito de esta segunda direc-

ción de nuestro amor nos dice: amaos los unos a los otros como yo os he amado (cfr. Juan 15,12). Jesús crea así, un tipo nuevo de relaciones humanas que debe regir ante todo entre los miembros de su pueblo, pero que puede informar también las relaciones de las demás sociedades: familiar, profesional, política, etc.

Ante cada una de estas tres dimensiones de la ley de Dios —la de una relación personal con El en el amor; la de su presencia activa en la historia y la de su dimensión social que supone libertad vivida en un amor como el que Jesús nos tiene— puede darse en nuestro vivir co-

tidiano, la aceptación o el rechazo.

El salmista analiza las cualidades intrínsecas de la ley del Señor y los efectos psicológicos que produce en aquellos que aceptan entrar en su dinamismo vitalizante (cfr. salmo 18, 9-11).

Iluminados por la lectura del Exodo y por el salmo, digamos entre estrofa y estrofa:

“Señor, tú tienes palabras de vida eterna.” (Juan 6,68)
en una actitud interior de apertura, para que la Fuerza de estas palabras penetre decididamente en todos los estratos de nuestro ser.

NO REBAJES TUS POSIBILIDADES

Un muchacho de catorce años levantó el tractor que había atrapado a su hermana en la granja familiar de una aldea del Medio Oeste de los EE. UU.

La niña había soltado demasiado pronto el embrague cuando estaba manejando el vehículo. Las ruedas delanteras se encabritaron, echándola hacia atrás y atrapándola entre el asiento y el volante.

Su joven hermano desarrolló suficiente energía como para levantar la máquina agrícola por detrás y hacer que las personas presentes liberaran a su hermana. Más tarde, cuando el chico quiso mostrar a sus amigos lo que que había sucedido, fue incapaz de mover el tractor.

La crisis hace que se desaten fuerzas ocultas de las que no disponemos en circunstancias normales. Pero, cuanto más sensibles seamos a las necesidades de los demás, tanto más dispuestos nos hallaremos para ayudarles rápidamente, con eficacia y, a veces, con resultados sorprendentes.

Si

Si logras conservar intacta tu firmeza
cuando todos vacilan y tachan tu entereza,
si a pesar de esas dudas mantienes tus creencias
sin que te debiliten extrañas sugerencias,
si puedes resistir inmune a la fatiga
y fiel a tu verdad, reacio a la mentira,
el odio de los otros te deja indiferente
sin creerte por ello muy sabio o muy valiente,

Si sueñas, sin por ello rendirte ante el ensueño,
si piensas, mas de tu pensamiento sigues dueño,
si triunfos o desastres no menguan tus ardores,
y por igual los tratas como a dos impostores,
si soportas oír tu verdad deformada
para trampa de necios por malvados usada,
o mirar hecho trizas de tu vida el ideal
y con gastados útiles recomenzar igual,

Si el total de victorias conquistadas
arriesgar puedes en audaz jugada,
y aun perdiendo, sin quejas ni tristeza
con bríos renovados reinicias tú la empresa,
si entregado a la lucha con nervio y corazón
aun desfallecido, persistes en la acción,
y extraes energías, cansado y vacilante
de heroica voluntad que te ordene, ¡Adelante!

Si hasta el pueblo te acercas sin perder tus virtudes,
o con reyes alternas sin cambiar de actitudes,
si no logran turbarte ni amigos ni enemigos
pero en justa medida contar pueden contigo,
si alcanzas a llenar el minuto sereno
con sesenta segundos de un esfuerzo supremo,
lo que existe en el mundo en tus manos tendrás
y además, hijo mío, un hombre tu serás.

RUDYARD KIPLING

Versión de Oscar Secco Ellauri

ENCIENDE TU CANDELA SIEMPRE QUE PUEDas

Un señor de Baltimore, de 45 años, da muestra de su responsabilidad personal dirigiendo el programa educacional de una prisión en Maryland.

Muchos de los hombres a quienes enseña son compañeros de niñez, oriundos de los barrios pobres de la ciudad.

Nuestro hombre, después de haber cumplido el servicio militar, frecuentó la universidad donde se graduó con matrículas.

“No se me acomodaba el deleitarme sólo en mis triunfos”, decía, “por eso me decidí a hacer algo por ellos”.

A pesar de los muchos problemas, añadió, “todos ellos me ayudaron a encender una candela en vez de maldecir la oscuridad”.

Si queremos salir victoriosos en la lucha contra el crimen, la ignorancia y la desesperación que prevalece entre gran número de ciudadanos —y es obligación nuestra el procurarlo— ha de haber más personas valientes de este tipo que entren en estos diversos campos con el fin de trabajar directamente en favor de la mejora social de nuestros semejantes.

REFLEXIONES SOBRE LIBERACION Y SOCIALISMO

Por Mons. Antonio Quarracino, Obispo de Avellaneda

El título de estas reflexiones no anuncia un estudio acerca de las relaciones existentes entre los dos conceptos; más bien trata de dar alguna explicación sobre ellos. Pretende, sencillamente, esclarecer dos términos muchas veces barajados con distintos contenidos, a veces conceptuales y otras afectivos, con el resultado de una confusión a menudo babélica. El tema, por cierto, ni de lejos quedará agotado; son "aproximaciones" que, Dios quiera, lo iluminen algo.

Indiscutiblemente, "liberación" es un término que está de moda; lo cual, si por una parte significa que está señalando una realidad, por otra implica el riesgo de un manoseo indiscriminado. No es un descubrimiento afirmar que tiene raíces de naturaleza bíblico-religiosa. El pensamiento marxista lo hizo suyo y ha sido usado en las últimas décadas con una significación preferentemente política; basta recordar los numerosos Frentes de liberación Nacional. Desde hace unos años integra buena parte del vocabulario eclesiástico, y por consiguiente de su pensamiento y acción. En América Latina ello es patente, sobre todo a partir de Medellín. Y hemos llegado a un momento en que la palabra entusiasmo o "eriza"; para unos es una bandera, para otros un fantasma; hay quienes la consideran una "recta" salvadora y quienes un germen de disolución. Vienen a cuento las palabras del Papa en su discurso del 23 de junio sobre "La Iglesia hoy", en el que apunta el uso abusivo de la palabra ubicándola en un contexto más amplio:

"Algunos llegan, además, a experimentar y predicar la fascinación de la violencia, nuevo mito que asoma a la inquieta conciencia moderna: consiste en la apología del hecho consumado, de la "liberación" que no siempre es interpretación de la libertad evangélica que brota de la verdad y de la caridad (Jn 8, 32; cf. Gál 4, 31; Rom 1, 21; Sant 1, 25) —un bien por lo demás difícil de guardar (cf. 1 Pe 2, 16; Gál. 5, 13)—; sino que, frecuentemente, es eufemismo que encubre métodos subversivos; esta fascinación, además, avala a veces el mimetismo de las sociologías a-cristianas, consideradas las únicas eficaces, con fe ciega, y sin previsión de las consecuencias a que llevan; este mito no resiste ante la seducción del socialismo, entendido por algunos, es verdad, como renovación social o "socialización" renovadora, pero con el empleo de ideas, de sentimientos no cristianos y a veces anticristianos: lucha sistemática de clases, odio y subversión, sicología materialista que contagia a la llamada "sociedad de consumo" (L'Osservatore Romano, Edición semanal en Lengua Española, 2 de julio de 1972).

Y de nuevo recientemente el Papa señaló en pocas palabras, dirigiéndose a un grupo de gente cristiana que había discutido sobre "liberación del hombre", que "el tema y las consecuencias exigen de nosotros ciertas reservas y ciertas clarificaciones" (cf. *id.* 6 de agosto de 1972).

Hace pocos años —diría que en la época del 60— la impactante y dolorosa situación del hambre, la ignorancia y la miseria hizo surgir la temática del subdesarrollo y desarrollo. Pablo VI en la **Populorum progressio** fue quizás quien hizo el diagnóstico más claro y más amplio en su brevedad de ese estado de cosas. Hoy, más que de subdesarrollo y marginidad, se habla de “dependencia” para dar a entender, por lo menos en América Latina, que configuran formas de esclavitud. Por consiguiente, la temática gira en torno a “dominación” y “dependencia”, externa principalmente, pero también interna. Como frente al primer diagnóstico la terapia presentada se llamaba desarrollo, hoy tiene otro nombre: la liberación. (Personalmente, dicho sea entre paréntesis, creo que muchas veces se deja de lado que no hay verdadera liberación sin auténtico **desarrollo integral**. Ello sucede porque se piensa el desarrollo en un sentido restringido o porque se tiene de la liberación una idea romántica y en definitiva simplista. Se me ocurre que demasiado ligeramente se ha dejado de lado el tema del desarrollo integral).

¿Por qué dije que “liberación” tiene raíces, y por consiguiente contenido religioso? Explicar un poco esto implica trazar^a, en rápidos trazos, la teoría de la liberación.

La idea de la liberación, que es sinónimo de redención y salvación, serpentea por toda la Sagrada Escritura, desde el momento que hace su entrada en la humanidad el pecado. La promesa del **Salvador** es la respuesta amorosa de Dios a la humanidad pecadora. Y cuando Dios constituye un pueblo —el pueblo de Israel— para que junto con el culto a El —único Dios vivo y verdadero— mantuviera viva la esperanza del Salvador que de ese mismo pueblo habría de tomar carne y sangre —el Hijo de Dios hecho hombre—, arranca y libera a ese pueblo de la esclavitud y sometimiento de los egipcios. Y a través del desierto, de dificultades y hasta de rebeliones contra El, lo hace llegar a la ansiada “tierra prometida”. Dios se manifestó así como liberador que usa a un hombre privilegiado —Moisés— para que encabece en su nombre la liberación de su pueblo y por su intermedio Dios realiza una Alianza, como si dijéramos un contrato de fidelidad mutua, en ese pueblo elegido. A través de la historia, en más de una oportunidad, ese pueblo no fue fiel a Dios, y Dios por medio de sus profetas o determinados castigos lo reclamó a la fidelidad; y nunca aconteció la ruptura de esa Alianza y de la promesa del Salvador por parte de Dios. En tiempos de Cristo la esperanza mesiánica estaba enturbiada por consideraciones de tipo político-nacionalístico y puramente temporal: el Mesías liberaría al pueblo elegido de toda dominación extraña y constituirá un reino sobresaliente y poderoso. Cristo purifica esa imagen presentándose como el “Siervo sufriente” y no como rey temporal; claro que ello implicaba ser negado como el Mesías liberador puesto que no se ponía al frente de batallones o comandos para expulsar a los romanos...

Se ha pretendido presentar el relato bíblico del **Exodo** como una especie de manual revolucionario-guerrillero. Ello es, sencillamente, una aberración. La liberación de Israel, su marcha y entrada en la tierra de promisión, son acontecimientos encarnados en una realidad (y, dicho sea entre paréntesis, Dios se expresa y manifiesta por ellos, pero privilegiadamente y ante todo por su palabra, no secundariamente como algunos dicen hoy) y ciertamente tuvo dimensiones po-

líticas y sociales, pero ese hecho no se agota en ellas, sino que se abre a otras dimensiones más profundas y trascendentes. Hay allí todo un conjunto de signos de esas otras dimensiones: el paso de la humanidad camino a una patria definitiva, en la gloria del Señor, el "nuevo pueblo" salvado por el único y definitivo liberador que es Cristo, el cual libera no a costa de la sangre ajena, sino de la propia, y cuyo principado es de paz y no de odio.

Por consiguiente, **Cristo liberador** advino. Y cuando en la sinagoga de Nazareth inaugura de una manera solemne su misión, lo hace con palabras de Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, a proclamar la liberación de los cautivos y dar vista a los ciegos, libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor... Esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy" (Lc 4, 18-19, 22). Toda la acción liberadora de Cristo se extiende al ámbito del pecado: "Todo el que comete pecado es un esclavo" (Jn 8, 34); y la Buena Noticia liberadora es **El mismo**. Por un lado, por su Mensaje que nos habla de la paternidad universal y amorosa de Dios, de la superación del egoísmo, del orgullo, de la avaricia, de cuanto encierra, y oprime en sí mismo al corazón del hombre, de la fuerza de la fe y del amor, del sentido de la existencia humana; es decir, Cristo nos libera en la Verdad (Jn 8, 32). Por otro lado, por su Pascua —Muerte y Resurrección— Cristo quiebra el poder del mal, del pecado y de la muerte y hace posible y real una participación de su vida. Por la Pascua del Señor Jesús estamos ya liberados —salvados—, pero oomc la liberación definitiva llegará al final de los tiempos —todavía no se da plenamente—, la liberación se va realizando en la historia de cada uno y de la humanidad. En este sentido la verdadera liberación es histórica y transhistórica. La salvación, la liberación, comienza aquí y ahora, pero se proyecta hacia la eternidad.

Cristo Resucitado es el "Hombre nuevo" por excelencia y El es la fuente de donde brota la vida que hace de la persona humana un "ser nuevo", un "hombre nuevo".

El hombre liberado por Cristo es el "hombre nuevo". La Pascua es "novedad de vida", una vida nueva, en "justicia y santidad verdaderas". El "hombre nuevo" en Cristo nace por la fe y se va realizando constantemente en el amor. En definitiva, el "hombre viejo" es el pecado, en cualquiera de sus formas o expresiones. Cuando el hombre se libera del pecado "esta liberación penetra todos los aspectos de su ser y transforma necesariamente las estructuras del pecado.

La conversión interior dice relación con lo social. El convertido, el recreado en el amor, sabe ir hacia sus hermanos en nuevas formas de fraternidad, de eficaz solidaridad" (Mons. Alfonso López).

Diciendo que la liberación comienza por la conversión del corazón humano, no se trata de defender formas opresoras o que **primero** hay que purificar cada corazón para establecer después estructuras de justicia y libertad. Más que sucesión temporal se indica una valoración. Lo que además se quiere subrayar es que, si no existe esa liberación interior del corazón, las reformas estructurales se convertirán en opresoras. Es afirmar también que el mensaje de Cristo —y

por consiguiente cualquier teología que se haga al respecto— constituye primordialmente un mensaje de liberación del pecado que brota **en el corazón** del hombre y se cristaliza en las estructuras.

Al lado de la concepción cristiana del “hombre nuevo”, la marxista es bastante superficial y se queda a medio camino: no llega hasta la hondura de la persona humana que se trasciende por la inserción en Cristo.

Hemos recordado la Muerte y Resurrección de Cristo, la Pascua; pues bien, también a veces ligeramente se afirma que la Muerte de Cristo fue por razones políticas. Una afirmación semejante es, por lo menos, superficial; deja de lado o pone entre paréntesis el hondo misterio de su “entrega por nuestros pecados”; olvidar que El mismo se hizo pecador, en la fuerte expresión de San Pablo, y que fue considerado “reo de muerte” por presentarse como Hijo de Dios, y Dios mismo. Parte de los sucesos humanos que constituyeron el proceso de Cristo tuvo naturaleza política, pero su muerte como hecho teológico liberador no tiene absolutamente nada de contenido o naturaleza política.

Esto está conectado con el problema de Cristo como liberador político, más aún, como revolucionario. Creo que Cullman ha escrito sobre el asunto unas páginas breves pero definitivas. Cristo no fue “zelote” revolucionario violento ni un pacifista enemigo de todo cambio. El supera la disyuntiva “revolución-orden establecido”. Predicó su reino que está más allá, vale decir, es distinto... Ese reino que se realiza fundamentalmente en el corazón del hombre, en su radical conversión por la fe y el amor y cuya norma suprema es la adhesión y cumplimiento de la voluntad del Padre. Es enemigo del inmovilismo, porque la conversión es tarea permanente; pero no se orienta a la destrucción en vista a un estado de cosas tal que alcance en **este mundo** el fin de todas las alienaciones en una situación de libertad, justicia o igualdad absolutas. Pensar esto último constituye uno de los errores —o utopías— fundamentales del marxismo.

Para hablar “en cristiano” sobre la liberación hay que tener en cuenta estos principios básicos, de lo contrario se disuelve el cristianismo en una ideología socio-política más y se lo vacía del contenido **profundo y trascendente** de liberación salvadora.

Al afirmar esto no se reduce el Evangelio y el cristianismo a un “angelismo” abstracto y descarnado. Sabemos que el plan de salvación de Dios respecto al hombre, a las naciones, al mundo, se realiza **en** una historia, y en ella —como el fermento en la masa— deben operar la Verdad y la Vida de Jesucristo. Es voluntad de Dios que personalmente y estructuralmente el hombre y la sociedad crezca en su ser de persona libre y responsable, que las estructuras, es decir, todos aquellos elementos que enmarcan y condicionan al hombre, faciliten y ayuden a esa personalización del hombre y no lo alienen o esclavicen. Y esta tarea, que es permanente, se mueve siempre entre ambigüedades, por lo que siempre debe ser enjuiciada a la luz de la verdad de Dios, y nunca puede decirse que una forma o modalidad de esta tarea, esto es, los diversos proyectos humanos de sociedad, se identifican plenamente con el Evangelio.

Es fácil hacer pasar hoy la liberación por una serie de canales o mediaciones en las que nada claramente se ve la de Cristo. A veces es un partido político,

otras una ideología o un movimiento ideológico... Por ejemplo, se necesita muy buena voluntad para interpretar adecuadamente esta frase de un autor relativamente influyente en algunos sectores eclesiásticos: "Hay que amar a todos, pero no a todos del mismo modo: a los oprimidos liberándolos, a los opresores se los ama combatiéndolos. El amor tienen que ser clasista para ser universal". En verdad, no veo cómo esto se compagine con el Evangelio. Ciertamente a todos hay que liberar; a los unos de su situación de opresión, a los otros de su egoísmo, avaricia o prepotencia, y sabiendo que en todos hay algo que los encasilla es una sola "clase": la condición de pecadores, y de ella todos deben ser liberados. Y es el pecado contra el que hay que combatir, y no por cierto a fuerza de metralla y sangre. Tiempo hubo en el que parecía que el monopolio del bien y la bondad estaba en manos de quienes las tenían limpias, perfumadas y más o menos llenas de riquezas, e ilustración; luego se pasó a considerar que ser desposeído o marginado **de por sí** significaba limpieza de corazón y alma. Y la verdad es que son equivocadas ambas apreciaciones: el pecado nos toca a todos. La pobreza del Evangelio no cataloga en una "clase" sino que es, ante todo, una disponibilidad y una apertura de corazón a la palabra y el amor de Dios que, es verdad, más fácilmente se hacen presentes cuando no se rellena el corazón de riquezas, ambiciones y orgullo de cualquier especie. Con esto no estoy defendiendo como voluntad de Dios la existencia de divisiones de clases (menos aún cuando son irritantes); más bien señalo que la liberación cristiana no se confunde con esa lucha sino que la trasciende. No consiste en establecer una sociedad sin clases. Existan o no, ella consiste en aceptar y vivir el señorío de Dios que, lejos de esclavizar o someter, es el único que hace crecer desde dentro y hacia afuera del hombre, en todas las líneas de un desarrollo integral. "Por su inserción en el Cristo vivo, el hombre tiene el camino abierto hacia un progreso nuevo, hacia un humanismo trascendental que le da su mayor plenitud; tal es la finalidad suprema del desarrollo personal", y también comunitario porque "la solidaridad humana, que es un hecho y un beneficio para todos, es también un deber" (**Populorum progressio**, 16 y 17).

Es bueno dejar bien claro que cuanto llevo dicho no intenta separar lo temporal de lo espiritual, el alma del cuerpo, el designio de Dios de la trama de la historia, el cristianismo del mundo, la voluntad de Dios de los signos de los tiempos, la fe de la política en el sentido amplio y profundo de la palabra, la liberación terrena de la salvación final. Lo que pretende es **distinguir** todo ello para **unirlo** (tarea nada fácil) en una síntesis que no "horizontalice" indebidamente lo "vertical" —el misterio de Dios y la realidad sobrenatural— ni "verticalice" lo "horizontal" (la realidad del hombre y del mundo). Se trata de mantener vigente la misteriosa ley de la Encarnación: Cristo no deja de ser Hijo de Dios por ser hombre, ni deja de ser humano por ser Dios. Al respecto es oportuno recordar las palabras de la **Gaudium et spes**: "Hay que distinguir cuidadosamente entre progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo. Sin embargo, lo primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios". (n. 39). También en Medellín se dijo: "Cristo, activamente presente en nuestra historia, anticipa su gesto escatológico, no sólo en el anhelo impaciente del hombre por su total redención, sino también en aquellas conquistas que, como signos pronosticado-

res, va logrando el hombre a través de una actividad realizada en el amor” (Introducción a las Conclusiones). En definitiva, en cuanto se haga por el desarrollo integral de todo hombre y de todos los hombres, en cuanto se realice en el orden de una solidaridad efectiva, de una auténtica libertad y de una verdadera justicia, está actuando el Señor y son pasos que conducen a la última liberación, a la salvación plenificadora de la gloria. Ya lo dijimos: la liberación se va realizando en el **aquí y ahora** de la historia, con marchas y contramarchas, pero definitivamente se establecerá más allá de la historia y del tiempo: en la eternidad de Dios. Y esto no es tratar de inyectarle opio a la humanidad, sino la fuerza de una esperanza viva y constructiva. Lo contrario es empujar a los hombres a las sombras de la desesperación y del hastío, o a la inconsciencia de los irracionales

En ese contexto hay que ubicar, desde una perspectiva cristiana, uno de los acontecimientos mundiales más sobresalientes del siglo, principalmente de la post-guerra: el fin del colonialismo, el nacimiento de los llamados movimientos nacionales populares de liberación. Pueblos de antigua cultura, o hasta ayer desconocidos, toman el camino de su independencia de una u otra manera. Se mezclan en ellos motivaciones de orden religioso o racial, político o ideológico; a veces domina el elemento militar, otras el campesinado o grupos intelectuales formados en universidades fuera de su tierra de origen. Pero en el fondo existe el anhelo de una liberación política, económica y hasta cultural. Los pueblos quieren ser los artífices de su propio destino; y ello está bien —es decir, conforme al designio de Dios—, no sólo a nivel de individuos sino también de pueblo. Todo el proceso de esa liberación es difícil y fatigoso, y no podemos detenernos a examinar su complejidad. Solamente anotemos dos puntos de distinta naturaleza. El primero es el peligro de lo que se ha llamado neocolonialismo. Obtenida la liberación política (a veces relativamente) pueden quedar o tomar nuevas formas las ligaduras de naturaleza económica. América Latina y la casi totalidad del este europeo pueden decir bastante al respecto. Ya Juan XXIII en *Mater et Magistra* previno este neocolonialismo y advirtió “que las naciones económicamente avanzadas eviten con especial cuidado la tentación de prestar su ayuda a los países pobres con el propósito de orientar en su propio provecho la situación política de dichos países y realizar así sus planes de hegemonía mundial” (m. 171, 172).

El otro punto es el error de considerar esta liberación —bien legítima por cierto— como la **liberación**, la del Evangelio, aquella por la que Cristo, nos entregó su mensaje, su vida, su Iglesia. Porque ésta tiene como misión primera proclamar la salvación de Jesucristo. Es el gran anuncio de los Apóstoles. Ellos no dicen: “¡abajo las estructuras”, sino “Cristo vino, murió y resucitó, y nosotros resucitaremos con El para la gloria del Padre; amémonos y celebremos su memorial hasta que El vuelva”. Y todo cuanto pueda pensar y hacer la Iglesia debe girar en torno a ese anuncio si no quiere desvirtuar su misión y hasta su razón de ser.

La Iglesia, en su sentido total, metida en el mundo y en la historia de los hombres, predica y vive la palabra de Dios, celebra los sacramentos, participa de las angustias y esperanzas de los hombres, trata por la oración de discernir a la luz de aquella palabra y de la luz del Espíritu Santo los caminos por los

que Dios quiere que los hombres y los pueblos marchen hacia el reino definitivo de Dios. Y así, no sin dificultades y oscuridades, no sin las tentaciones de un clericalismo de derecha o de izquierda, del poder o del orgullo, no sin las exigencias de una permanente purificación, sin **identificarse** con pasajeras formas de civilización, de ideologías o de culturas, de proyectos o estructuras temporales, va realizando en sí misma y en los pueblos la tarea de una liberación cimentada en la fe, impulsada por la esperanza y vivamente animada por el amor.

II.

También hay que decir que el término "socialismo" está de moda. Para algunos significa la grande y única solución: la receta para un mundo enfermo de irritantes diferencias; para otros, la sola palabra resulta urticante e inadmisibile. El tema es amplísimo; para ser tratado en todos sus aspectos es menester una versación que no poseo. Simplemente haré algunas reflexiones, y bien sencillas.

Quiérase o no, el socialismo es una manifestación en el proceso histórico del mundo desde hace más de cien años. Su presencia es tan manifiesta que, de una forma u otra, la política de los pueblos debe tomarla en cuenta en el estudio o en la decisión sobre los aspectos de su actividad interna o externa. Pero enseguida hay que decir, desde el comienzo, que son disímiles y distintas Las manifestaciones del socialismo. Y por eso, aun sin tenerle miedo a la palabra, no es admisible que se la use sin las precisiones debidas y a la ligera. Todos sabemos que hay un grupo de naciones (algunas por cierto a la fuerza) que han constituido un verdadero sistema de Estados que se llaman a sí mismos socialistas. Hay otro sector que acaba de salir de la dominación colonial y se manifiesta socialista o declara su voluntad de construir una sociedad de ese tipo. Hay, especialmente en los países de tradición islámica, un socialismo que mantiene fuertes acentos religiosos, y hay un socialismo que se proclama ateo y que presenta diversos matices en cuanto a sus relaciones con la Iglesia, o las Iglesias. Luego, en los países de constitución democrática están los movimientos socialistas, a veces divididos entre ellos, otras veces con una importancia que les permite el acceso al poder o ejercer una presencia muy activa en el gobierno. En fin, reconociendo todos de alguna manera una paternidad marxista, se habla de socialismo a la rusa, a la china, a la cubana, a la yugoslava, a la chilena, a la nacional... y a la cristiana también...

Dejemos de lado a los mismos socialistas que discutan si el socialismo es un humanismo o no y cuál de sus expresiones se inspira realmente en los principios asentados por los fundadores, para establecer que todas esas expresiones configuran un movimiento universal. Con toda honestidad y con todas las muchas y profundas críticas que deban y puedan ser hechas a las bases doctrinales y a las realizaciones concretas, hay que reconocer ese movimiento como manifestación de un profundo anhelo de liberación humana.

Si la solución es eficaz constituye un problema aparte.

Estimo que pensando en ello, al mismo tiempo que en la necesidad de humanizar este mundo en la realidad pluralista en que vive, y suponiendo

“obediencia a la razón” y la posesión de “un recto sentido de la moral natural”, recordándoles a los católicos que han de procurar “ante todo ser consecuentes consigo mismos y no aceptar jamás compromisos que puedan dañar la integridad de la religión y de la moral”, y distinguiendo entre “el error y el hombre que lo profesa”, Juan XXIII afirmó que es “completamente necesario distinguir entre las teorías filosóficas falsas sobre la naturaleza, el origen, y el fin del mundo y del hombre, y las corrientes de carácter económico y social, cultural y político aunque tales corrientes tengan su origen o impulso en tales teorías filosóficas. Porque una doctrina, cuando ha sido elaborada y definida, ya no cambia. Por el contrario, las corrientes referidas, al desenvolverse en medio de condiciones mudables, se hallan sujetas por fuerza a una continua mudanza. Por lo demás, ¿quién puede negar que, en la medida en que tales corrientes se ajusten a los dictados de la recta razón y reflejen fielmente las justas aspiraciones del hombre, pueden tener elementos moralmente positivos dignos de aprobación?” (*Mater et Magistra*, 159). Esta larga cita se justifica porque corrobora aquello de que es menester hoy esclarecer y volver a definir muchas palabras que circulan en el mercado idiomático de todos los días. Lamentémoslo o no, corre y se las usa (y abusa); lo que uno tiene derecho a pedir es que quien las manipula, las explique, porque nadie tiene derecho o confundir. Dicho brevemente: no asustarse por las palabras, pero no confundir por medio de ellas. Y es innegable que “socialismo” es una palabra que comporta cargas ideológicas y concretas realizaciones históricas, que hacen necesarias las aclaraciones para una serie de interrogantes tales como: ¿de qué socialismo se trata? ¿Implica negación de la libertad y del libre juego de otras expresiones políticas? ¿Niega la trascendencia y encierra al hombre en una dimensión totalmente horizontal y en definitiva materialista? ¿Se usa oscuramente la palabra para cubrir en el fondo un pretendido comunismo?

La verdad es que si “socialismo” se entiende como sinónimo de una más justa distribución de la riqueza, de la posibilidad para todos al acceso de los bienes materiales y de la cultura, de la participación de todo el pueblo en la política y en los niveles de decisión, estimo que no es rechazable. La cuestión es que resulte difícil encontrar otras corrientes ideológico-políticas que no acepten esos postulados...

Hace poco se ha escrito que “por socialismo nacional se entiende la recuperación por el país, a través de una decidida acción del Estado, del conjunto de la riqueza nacional y del poder de decisión política”. Decididamente, quizás con algunos matices, ningún argentino dejaría de suscribir esa definición; ni esta que sigue a continuación: “Por nacionalismo personalista y comunitario se debe entender que hay que evitar pasar de un monopolio privado de la propiedad y del poder, a un monopolio estatal. En ese caso, el pueblo no se libera, sino que simplemente y brutalmente cambia de amo. La difusión del poder y de la propiedad, y no su concentración, es el nuevo principio liberador de la identidad del ser nacional y de cada argentino” (P. Viscovich). Todo esto, según el autor, definiría a uno de los principales movimientos políticos del país. Bien puede ser que así sea, pero es lícito comenzar a sospechar entonces que hoy cualquier fuerza política que quiere acceder debe utilizar la bandera del socialismo si quiere tener éxito: es una bandera lo suficientemente atractiva y lo excesivamente amplia como para atraer y cobijar expresiones socio-políticas.

En síntesis, y con palabras de Pablo VI, “esta corriente histórica (el socialismo) asume diversas formas bajo un mismo vocablo según los continentes, la cultura, aunque ha sido y sigue inspirada en muchos casos por ideologías incompatibles con la fe, se impone un atento discernimiento” (**Octogésima adveniens**, 31) La necesidad de este discernimiento ha de ser tenida en cuenta tanto frente al socialismo, como al liberalismo, porque hay tendencia a idealizarlos, aun de parte de numerosos cristianos, sea porque se ve el primero como expresión de justicia y de solidaridad, o se estima al segundo como valiosa “proclamación a favor de la libertad”. “Por encima de todo sistema, sin omitir por ello el compromiso concreto al servicio de sus hermanos, afirmará (el cristiano) en el seno mismo de sus opciones, lo específico de la aportación cristiana para unas transformación positiva de la sociedad”. (**Octogésima adveniens**, 36).

Al hablar de socialismo hay dos cuestiones de fondo que no pueden ser dejadas de lado: la trascendencia —en definitiva, Dios— y la filosofía acerca de la persona humana. Un socialismo ateo es incompatible con la fe, y la colaboración con él, de parte de un cristiano, a corto o largo plazo es sencillamente una utopía. Un socialismo en el que la persona humana es negada en sus valores “de libertad, de responsabilidad y de apertura a lo espiritual, que garantizan el desarrollo integral de la persona humana” (**Octogésima adveniens**, 31), tampoco puede ser aceptado por un cristiano. Es inadmisibles un socialismo que sea expresión del poder omnímodo del Estado —forma de totalitarismo— al cual, como a un nuevo Moloc, se haga el holocausto de la libertad, de la justicia, del alma, del cuerpo, en una palabra, de la persona, la cual está sobre las estructuras y el Estado. Estas están para el hombre, no éste para ellas, aunque se necesiten mutuamente.

Como consecuencia de todo esto vuelvo a subrayar la necesidad de no dejarse atrapar por ilusiones o puras palabras, sino de ejercitar lo que el Papa denomina “sano discernimiento”.

Hay quienes señalan como médula del socialismo y condición esencial para la transformación socialista de la sociedad, la socialización de los medios de producción. No me corresponde ni puedo examinar a fondo este tema difícil, complejo y lamentablemente “agitado” a veces con poca seriedad. Sólo haré algunas anotaciones.

a) Creo que si alguno entendiera con esos términos la negación del derecho del hombre a poseer bienes propios —privados— estaría equivocado. El derecho de propiedad tiene, por cierto, sus alcances y limitaciones, entre las que sobresale ante todo la norma fundamental del bien común, pero no puede ser negado; es natural al hombre.

b) A este respecto quiero señalar que no tiene consistencia el argumento aducido a veces para defender desde una óptica cristiana la posesión en común de todos los bienes como un cierto ideal de socialismo cristiano, sobre la base de lo que nos dicen los **Hechos de los Apóstoles** (cap. 4, 32 ss.) sobre la primera comunidad cristiana de Jerusalén en la que “todas las cosas eran de todos... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que tenían casa la vendían, y traían el dinero y lo entregaban a los apóstoles, y se repartía a cada uno según sus necesidades”. Los Hechos hacen referencia a la experiencia —que sin duda duró

escaso tiempo— de una sola comunidad, la de Jerusalén, y reducida por cierto. Por otro lado, se trataba de algo tan libre y tan sin obligación formal que, cuando Ananías y Sáfira se quedan con parte del dinero y presentan la otra a los apóstoles, Pedro los reprende por querer “mentir al Espíritu Santo”. “Acaso no era tuyo el terreno..., no era tuyo el dinero?” El pecado estuvo en la mentira, no en la apropiación de sus bienes. (Una cosa es que un grupo de cristianos quiera hacer comunidad de bienes; y otra bien distinta pretender hacer de ello un “sistema”...).

c) Otras veces, al decir de socialización de los medios de producción, se entiende afirmar que los grandes medios, el planeamiento y el contralor de la producción y, especialmente, todo cuanto se refiera a los “órganos” vitales de un país: los transportes, las comunicaciones, la banca, la variada riqueza que esconde el territorio de la nación: petróleo, minerales, gas..., deben estar en manos del Estado. Por supuesto, no voy a discurrir sobre este problema, sino solamente señalar, ante todo, que se trata de una cuestión de técnica político-económica, vale decir, de “una decisión respecto a la elección y utilización de un medio para efectuar la justicia, esto es, el bien común” (Sampay) y que exigiría previamente conocer todo el alcance dado a los términos “medios de producción”. Anoto, en segundo lugar, algo que está muy unido a lo anterior y que expresaría de manera interrogativa: ¿es cierto y realista que ello redunde en beneficio del bien común? Porque también está en cuestión su eficacia para el desarrollo auténtico de un país y una participación de todos en él, y no su paulatino hundimiento en la pobreza nacional. En tercer lugar, anoto el hecho nada infrecuente de hablar de socialización (más bien estatización) de los medios de producción, dejando ilegítimamente de lado una comprobación diáfana y evidente: en la mayoría de los países de estricta economía socialista, ni de lejos hay socialización ni participación política, puesto que todo el poder está en manos de un único y particular partido, a su vez manejado por un conjunto de burócratas, amos absolutos.

No se vaya a pensar que hacer la crítica del socialismo, principalmente como movimiento ideológico-político, significa aceptar el liberalismo capitalista; ambos “manifiestan —para expresarlo con palabras del Papa, y sin entrar en el campo de los principios filosóficos y religiosos—, la dificultad de resolver el gran problema humano de vivir todos juntos en la justicia y en la igualdad”. Es uno de los grandes desafíos del mundo de hoy; encontrar una salida o una variante que supere esas dos alternativas cuyos resultados han estado, y están, lejos de ser reconfortantes y alegremente aceptables.

Quizás esté muy equivocado, pero creo que así como a veces bajo la defensa de la libertad se esconde una voluntad de presión, otras veces —y ello sucede aquí en estos momentos— bajo la cobertura de un término, el socialismo, que puede no ser absolutamente inaceptable, se cobija una mentalidad y voluntad de poder del más estricto cuño marxista-comunista. Y me permito y me atrevo a decir más: no dejo de pensar que bajo el nombre y los símbolos de un movimiento mayoritario y nacional, hay quienes se adhieren a él pensando utilizarlo como trampolín para otra cosa, por cierto ni nacional ni deseada por la inmensa mayoría de los argentinos.

El liberalismo capitalista y el socialismo materialista y ateo tienen, entre otras, una falla fundamental: el olvido o la negación de Dios; y estoy señalando así la

raíz de todos sus males o desvaríos. Nuestro mundo desde hace tiempo, está enfermo de la "ausencia de Dios" en el corazón de los hombres. Y sin Dios las tablas de valores en definitiva se quiebran o desaparecen. Podrá existir, por ejemplo, un Código penal, pero no una conciencia moral. Contiene mucha verdad la afirmación que Dostoyeski pone en labios de uno de sus personajes: "Si Dios no existe, todo está permitido"; por consiguiente, también la injusticia, en cualquiera de sus formas, la opresión, el atropello de la persona humana, el egoísmo.

En definitiva, Dios es el único que no aliena, sino que libera; su negación, teórica o práctica, no hace crecer al hombre, sino más bien lo mutila y deshumaniza.

Dije "ausencia de Dios"; no deseo que se tome esta frase en un sentido radicalmente absoluto y pesimista. Hace años ya García Morente terminaba sus "Lecciones preliminares de filosofía" refiriéndose a una expresión de Ortega y Gasset: "Dios a la vista". Yo diría algo más: pese a todas las apariencias en contrario Dios está **presente y actuante**, sutil, misteriosa pero realmente, en el corazón mismo de la humanidad. Y muchos son los signos de esa acción para los que quieren verlos. Agosto de 1972.

(De L'Osservatore Romano - edición española del 3 de diciembre 1972)

DISPONTE PARA LOS FRACASOS

Demasiadas personas hacen que el recuerdo de anteriores fracasos les desanime para realizar renovados esfuerzos a fin de servir a Dios y ayudar al prójimo... Pondera la siguiente letanía de fracasos que puntuaron treinta años de la vida de Abrahaam Lincoln:

1832 Pérdida de empleo

1832 Derrotado para la Legislatura

1883 Fracaso en los negocios

1834 Elegido como legislador

1835 Se le muere la novia

1836 Crisis nerviosa

1836 Derrotado para ser presidente de la Cámara

1843 Derrotado al no ser elegido miembro del Congreso

1846 Elegido para el Congreso

1848 No logra su re-elección

1849 Rechazado como oficial del gobierno local

1854 Derrotado para el Senado

1856 Derrotado como candidato a vicepresidente de la república

1858 Derrotado de nuevo para el Senado

1860 Elegido para presidente de la República

La profunda convicción de Lincoln de que Dios le había confiado una misión, que cumplir, contribuyó en no poca medida en pro de su humildad y le animó a seguir adelante en contra de las dificultades. ¡También tú puedes superar los obstáculos de la vida!

"Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (Fil.4,13).

Nuestros propósitos

Como el primer número de "Temas" se agotó rápidamente, y dado que en él fijábamos los propósitos de la revista y los motivos que nos movieron a editarla, muchas personas nos han hecho ver la conveniencia de reiterar —en números subsiguientes— los elementos más importantes del editorial de presentación, para que los nuevos lectores conozcan cabalmente las metas que persigue la publicación. Reiteramos entonces, parcialmente, nuestra "carta de presentación":

"Temas" es fruto de la inquietud de un grupo de católicos, inspirados únicamente en el deseo de aportar a la comunidad un nuevo elemento de provecho espiritual y una guía clara y permanente de la doctrina y las orientaciones emanadas de la Sede Pontificia.

Al acometer esta pequeña obra, en las convulsionadas horas que vivimos, abrigamos la esperanza de que ella, en alguna medida, pueda constituirse en una inyección de espiritualidad; de esa espiritualidad honda y verdadera que —según nuestra concepción cristiana, y por ende trascendente— debe ser el basamento insustituible de toda acción temporal.

Por eso, al hablar de espiritualidad, no estamos insinuando ningún tipo de evasión hacia un "angelismo" impropio que nos lleve a eludir los compromisos humanos o que nos exima de las concretas responsabilidades de la acción.

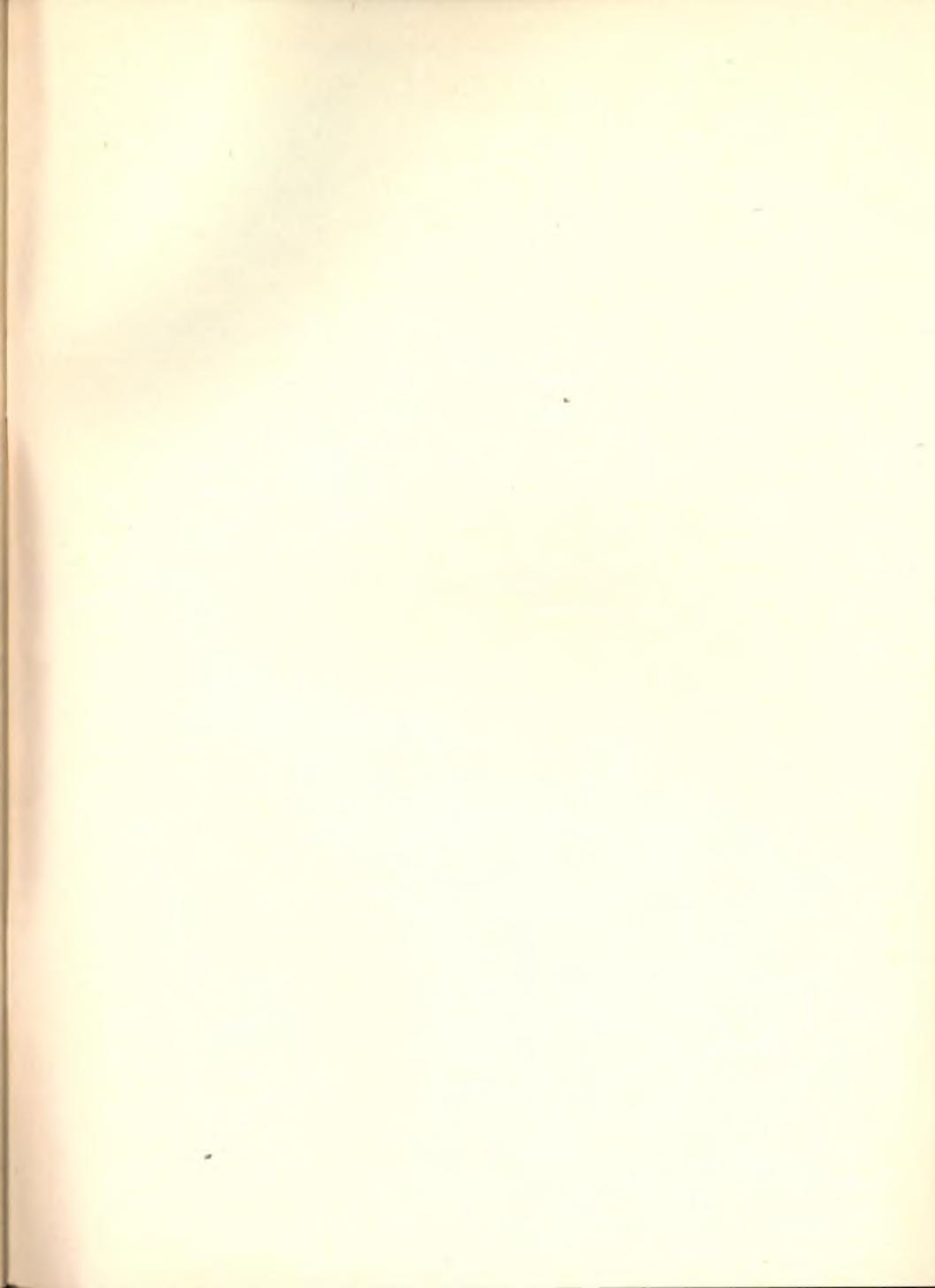
Considerando de gran importancia todo cuanto pueda hacerse para estimular y reforzar la unidad en torno de los valores sustanciales e imperecederos de nuestra Fe común, anhelamos también que "Temas" pueda contribuir a disipar confusiones y a superar enconos y estériles radicalizaciones que desorientan y lastiman el espíritu de tantos cristianos. Ciertamente, tales esperanzas no se fundan en nuestra aportación personal —irremediablemente pobre y limitada— sino en la obra que el Espíritu quiera realizar a través de este humilde instrumento.

Quienes hemos encarado su publicación no exhibimos otra credencial que la de simples católicos; simples miembros del Pueblo de Dios, que es la Iglesia, inspirados en un ideal de amor y de servicio.

Adelantándonos a recelos y suspicacias, por desgracia bastante comunes hoy día, digamos que "Temas" no se enrola en los artificiosos bandos de "progresistas" o de "conservadores", calificaciones ambas con que muchos —con criterio apriorístico y a veces con sectaria puerilidad— pretenden encasillar a los cristianos. No creemos en esas divisiones tajantes, falsas e irreales en cuanto pretenden ser generalizaciones.

Pero sí sabemos que por encima de las divergencias naturales y aun de los prejuicios y las rencillas, que muestran con frecuencia una lamentable falta de madurez y de caridad, existen poderosos elementos comunes —vitales, esenciales— que nos unen a todos.

Hacia ellos apunta el sentido de esta publicación que abordamos con espíritu fraterno y abierto hacia todos.



CORREOS DEL URUGUAY
IMPRESOS DE INTERES GENERAL
DECRETO DEL P. E. DE ENERO 1951
PERMISO N.º 417